

Digamos palabrotas

Los científicos han descubierto que tienen una función muy importante: nos ayudan a sentir menos dolor físico

POR RODRIGO PÉREZ ORTEGA



Las groserías son una forma de lenguaje que conlleva una connotación emocional intensa –algunas de las veces ofensiva–, y que muchas veces están mal vistas por la sociedad. Sin embargo, las “malas palabras” están presentes en casi todos los idiomas del mundo, y son un producto del lenguaje y la cultura.

Históricamente, las groserías han sido palabras tabú que tienen un origen religioso –las cosas condenadas por la religión o que estaban mal vista moralmente– y han sido utilizadas como forma de insulto hacia terceros. No obstante, su interpretación es altamente dependiente del contexto y la situación.

Las groserías pueden ser deliberadas, planificadas, y con ánimo de ofender, pero también las podemos decir cuando estamos sorprendidos, o entre amigos, y en cada situación

Para relajar

Las llamadas “malas palabras” nos pueden servir como “válvula de escape para la tensión por la que pasamos; al insultar descargamos a tal grado nuestro enojo, nuestra impotencia, que se podría decir que el insulto puede cumplir también una función catártica”, escribe Margarita Espinosa en *Razón y Palabra*.

desempeñan funciones diferentes. Así, estas palabrotas también tienen otros efectos irónicamente benéficos, tal como su interesante función analgésica.

Al doctor Richard Stephens, de la Keele University, en Reino Unido, le intrigaba la razón por la que muchos de nosotros decimos groserías en respuesta al dolor. Para averiguarla, pidió a 67 voluntarios que sumergieran su mano en agua helada dos veces durante el tiempo que más aguantaran, la primera vez diciendo palabras neutras, y la segunda vez profiriendo groserías. Al final, el decir malas palabras les permitió aguantar el dolor y permanecer en el agua helada casi 50 % más tiempo. “Antes se pensaba que el dolor era un fenómeno puramente biológico, pero en realidad el dolor es muy psicológico. El mismo nivel de lesión duele más o menos en diferentes circunstancias”, explica el doctor Stephens.

¿Cómo es que se originan las groserías en el cerebro? ¿Son más que meras palabras? Al estudiar trastornos como el síndrome de Tourette –en donde las personas llegan a decir groserías involuntariamente– y la afasia –en donde los individuos tienen problemas del lenguaje debido a lesiones cerebrales en las áreas importantes del habla–, neurocientíficos han sugerido que la producción de las groserías no sólo depende de las áreas importantes del lenguaje, sino de otras áreas especializadas del cerebro, como las relacionadas con emociones y motivaciones.

“Cuando se usan de manera juiciosa, las groserías pueden ser hilarantes, conmovedoras y misteriosamente descriptivas. Más que cualquier otra forma de lenguaje, las groserías reclutan nuestras facultades expresivas al máximo: el poder combinatorio de la sintaxis; la evocación de la metáfora; el placer de la aliteración, la métrica y la rima, así como la carga emocional de nuestras actitudes, ambas pensables e impensables”, señala Steven Pinker, reconocido lingüista y psicólogo de Harvard University. “Ocupan la extensión completa del cerebro: izquierda y derecha, desarrollado y primitivo, antiguo y moderno”.

Por otra parte, algunos estudios han señalado que, al contrario de lo que se pudiera pensar, las personas que usualmente dicen groserías también suelen tener un vocabulario más amplio y ser más honestas. Al parecer, ser malhablado no es tan malo después de todo, sólo hay que saber cuándo y cómo serlo.

Rodrigo Pérez Ortega es divulgador de ciencia y neurocientífico.